

LOS

**EDICIONES
BISTAGNE**

**1
pta**

**WALLACE
BEERY**

**LEWIS
STONE**

**CLARK
GABLE**



**MARJORIE
RAMBEAU**

**JOHN MC.
BROWN**

**JEAN
HARLOW**

MISTERIOSOS

LOS SEIS MISTERIOSOS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Los seis misteriosos

Emocionante producción, en que se reflejan los bajos fondos norteamericanos. Historia de un hombre que empezó su vida en el trabajo, pero que no vaciló en acudir al crimen para obtener el poder y la riqueza.

Director

GEORGE HILL

Es un film Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por
METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.
Mallorca, 220
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Reparto

Scorpio. . . .	<i>WALLACE BEERY</i>
Newton	<i>LEWIS STONE</i>
Hank	<i>John Mack Brown</i>
Anne	<i>Jean Harlow</i>
Peaches	<i>Marjorie Rambeau</i>
Mizoski.	<i>Paul Hurst</i>
Carl	<i>Clark Gable</i>
Johnny.	<i>Ralph Bellamy</i>
Colimo	<i>John Miljan</i>

Los seis misteriosos

ARGUMENTO DE LA PELICULA

UN HOMBRE INTERESANTE

Las grandes urbes norteamericanas crecen de una manera portentosa en forma periférica. El más pequeño establecimiento industrial creado en su contorno, se hace inmediatamente el núcleo de una nueva barriada que se incorpora a la ciudad, primero lentamente, pero con velocidad de crecimiento cada vez más vertiginosa.

Se comprende así fácilmente que,

al ser edificado en las afueras de Chicago, el nuevo Matadero Central, se formase inmediatamente a su alrededor una barriada naciente de inmenso porvenir: el suburbio llamado del Matadero Central.

Ante la perspectiva de la plusvalía correspondiente a dicho crecimiento, se especuló con los solares, se crearon edificaciones para albergar a los trabajadores, se instala-

ron establecimientos comerciales para surtir al nuevo núcleo ciudadano y múltiples intereses surgieron con extraordinaria potencia vital... tanto los dignos como los inconfesables.

En la barriada naciente del Matadero Central había sentado sus reales la criminalidad, que también crece y se desarrolla al mismo tiempo que los demás elementos ciudadanos y que es, casi siempre, flor de ciudadanía, aunque sea flor mal-dita.

Así es que, en rivalidad con las otras bandas consagradas al crimen, había aparecido una nueva banda capitaneada por Johnny Frank dedicada a la fabricación y tráfico clandestinos de bebidas alcohólicas, el negocio básico de los pistoleros norteamericanos, de los "gangsters".

Y para dicha banda existía allí un hombre verdaderamente interesante.

Presentemos a los lectores una visión del Matadero y de este hombre.

Edificio industrial moderno, verdadero prodigio de la arquitectura casi mecanizada. La máquina, que tanto complica la vida actual, ha ejercido también influjo decisivo so-

bre el arte de la construcción, y los edificios industriales tienen la íntima ordenación de una máquina siendo atendidas todas las necesidades de la fabricación y respondiendo todas las partes de la construcción a fines determinados.

La economía de esfuerzos y la reducción de los transportes a un mínimo han sido tenidas en cuenta meticulosamente, y todo está dispuesto para la producción de alimentos de origen animal en serie, de manera "estandarizada". En estos mataderos modernos se mata a la mayor perfección. Los animales llegan por su pie de la manera más práctica al lugar mismo del sacrificio y sus carnes y sus despojos tienen un camino previa y científicamente determinado por el arquitecto para sufrir las adecuadas transformaciones industriales.

La visión de aquel matadero alucinaba, con la afluencia constante de reses que se encaminaban a la muerte cual piezas de una máquina compleja, pero perfectamente estudiada.

Y también eran piezas de la complicada maquinaria los hombres que trabajaban en el cruel oficio.

Entre ellos se destacaba notable-

mente el personaje que será como el eje de la presente narración...

Se llamaba Louie Scorpio y era el más forzado y hábil de los matarifes. Tenía cuerpo de gorila y su cara respiraba crueldad. El mazo asesino era manejado por él con pericia casi matemática y se abatía certero y mortal sobre los testuces de las reses con precisión cinematográfica. Y, como le ocurre a las máquinas, el matarife carecía de conciencia. Su sensibilidad era completamente roma y mataba sin la menor

emoción y hasta pudiera sospecharse que con malvado placer.

Y aquel hombre, por su fuerza y, sobre todo, por su pericia en quitar vidas, era interesantísimo para la banda de asesinos que capitaneaba Johnny Frank.

Indudablemente, aquel corazón despiadado era tan capaz de arrebatar vidas humanas como de animales. Y era envidiable su certeza. La seguridad de su brazo que jamás erró el golpe.

SU CONQUISTA POR LOS PISTOLEROS

Una tarde, tras de terminar su trabajo, se encaminó Scorpio, previamente citado, al cafetín que había instalado Johnny Frank en la naciente barriada y en el que tenía la banda su sede.

—¿Dónde está el amo?—le preguntó a un camarero.

—Ahí dentro—respondió.

Y Scorpio penetró en un reservado donde se encontraba Johnny acompañado de Nick Mizoski, uno

de sus hombres, de cara redonda toda llena de acentuadas curvas, que hacía que le apodasen "El Gubia" ("The Gourger", en inglés).

Tras los saludos rituales, el dueño le preguntó:

—¿A ver qué quiere cenar el rey del matadero?

—Un plato de spaghetti y una botella de leche—respondió Scorpio..

Y una vez servido, mientras cenaba de una manera tan frugal, el jefe de la banda le preguntó tendenciosamente:

—¿Y qué? ¿Esta usted contento con su oficio?

—No me va mal y estoy orgulloso de ser el mejor matarife.

—¿Y gana mucho?

—Cobro veinticinco dólares cada semana.

—La verdad es que no es mal oficio, pero con esa semanada creo que no puede soñar en hacerse millonario.

—¡Bah! En cuanto pase a otro departamento y me dedique a matar cerdos, en lugar de veinticinco ganaré cuarenta.

—Ya es algo... ¿Y le da lo mismo matar unos animales que otros?

—El caso es matar—dijo bestialmente aquel hombre.

—Aunque fuesen hombres—insinuó "El Gubia".

—Eso es más peligroso, porque los hombres también matan.

—¡Eh! Nosotros no corremos ningún peligro y ganamos mucho más que usted—le insinuó Mizoski.

Pero aquel hombre no parecía dispuesto a dejarse convencer, hasta que se presentó en escena una rubia deliciosa. Era Peaches y seguramente la llamaban así porque parecía realmente por sus vivos colores y la frescura de su tez como un melocotón maduro, y a los melocotones se les llama "peaches" en inglés.

Aquella mujer, despertando su animalidad masculina dormida, fué para él una revelación. Realmente existían cosas en el mundo merecedoras de ser deseadas con ansia.

Era él una bestia que carecía de ambición. Su apetito era escaso y sus comidas sobrias. Con los veinticinco dólares que ganaba no sabía qué hacer y si llegaba a ganar cuarenta se vería obligado a ahorrar y... ¿para qué? Pero la visión de aquella mujer le volvía de repente ambicioso. ¡Qué grato sería poseer-

la, ser su dueño! Y el matarife le preguntó al Gubia:

—Y vosotros ¿cuánto ganáis?

—Ciento cincuenta dólares semanales.

—¿Pero para cada uno? —interrogó Scorpio en tono admirativo.

—¡Claro, hombre!

Y, ante aquella cifra portentosa, quedó deslumbrado aquel pobre hombre haciendo cuentas con los dedos por debajo de la mesa, mientras contemplaba a Peaches y se decía que podría conquistarla con tanto dinero.

—¿Y serviría yo para vuestro oficio? —preguntó ansiosamente Scorpio.

—¡Mejor que nadie, ya que tan

habitado estás a matar! Porque nuestro oficio es el de enriquecernos, pero, a veces, hay también que defenderse matando.

—Mi maza es segura y jamás merra.

—Más segura es una pistola ametralladora—le dijo sonriendo el Gubia alargándole una.

—Contad, pues, conmigo —respondió Scorpio aceptándola.

Y luego añadió dirigiéndose a la rubia Peaches:

—¡Qué delicioso debe ser el tener una mujercita como usted!

—¡Mire el gorila!—exclamó ella marchándose.

—Es difícil de conquistar—le dijo Mizoski sonriente.

LA FABRICA DE LICORES

Una vez admitido Scorpio en la banda de Frank, le hicieron pasar por un camino misterioso y secreto hasta la fábrica clandestina de licores.

Sus ojos deslumbrados por la luz viva que hacía poco percibían, no se acababan de acostumbrar a aquella luz tenue y cárdena. Por todas partes se veían grandes cubas y retorcidos tubos de cobre. El Gubia le fué explicando a Scorpio que, si aquello no era un jardín florido, como acababa de exclamar, era una mina de oro. En aquellas cubas se disolvía el azúcar en agua y luego fermentaba la disolución produciendo alcohol que era más tarde destilado en los alambiques y coloreado con azúcar quemado para ser vendido como ron a precio altísimo.

También eran allí falsificadas imitaciones de cerveza y de whisky.

Una vez habituados sus ojos a aquella semiobscuridad, se fué enterando Scorpio de todo y vió incontables botellas envueltas en periódicos viejos y dispuestas para ser lanzadas al mercado.

El Gubia cambió algunos signos extraños con un nuevo personaje silencioso caracterizado por sus gafas, de quien le dijo luego a Scorpio:

—Este es Metz, uno de los nuestros. El pobre es sordomudo, pero hombre de absoluta confianza.

Se tropezaron más tarde con otro a quien le dijo Johnny muy incomodado:

—Tú traicionaste una vez a la banda de Colimo y maldita la con-

fianza que se puede depositar en ti.

Y, como tratase aquél de protestar violentamente, el jefe le propinó una bofetada diciéndole:

—Mucho cuidado con volver a ser traidor nunca, porque te costaría la vida.

Volviéndose hacia él, lo reconoció Scorpio. Era Vronski, el bolchevique, perseguido por su extremismo y que se ocultaba bajo el nombre de Jimmy Delano. Al verlo allí fabricando licores, tras de haber pertenecido a la famosa banda de pistoleros de Colimo, se descorazonó Scorpio que lo había creído hombre de ideas, resultando ser nada más que un bandido vulgar.

Pero, cuando ya se iba enterando de todo el nuevo gangster, sonó estridente la sirena de la policía, con

ese ruido agudo que acompaña siempre en Norteamérica a los agentes del orden para evitar ser confundidos con los malhechores que persiguen.

—Hay que escapar—dijo nerviosamente Johnny haciéndose seguir por Mizoski, Scorpio y el sordomudo.

Delano no pudo huir el bulto y fué preso.

Los demás escaparon de milagro, sacando Scorpio, no acostumbrado a aquellos trances, una cara de terror cuando miraba a todas partes buscando por dónde escapar.

Luego reaccionó y empuñó su pistola ametralladora, y su aspecto de bestia acorralada dispuesta a defenderse, inspiraba terror.

DOS PERIODISTAS

Ya hemos indicado que se trataba de una barriada naciente y que los negocios de aquella banda habían comenzado hacía poco. Por ello constituyó el descubrimiento de aquella fábrica clandestina, una verdadera sorpresa para la policía, así como su visita sorprendió también grandemente a Johnny Frank y los suyos.

Mandaba las fuerzas Donlan, un veterano de la policía federal conocedor de todos los trucos, y con él venían dos oficiales más.

—Trigo machacado — dijo uno examinando la instalación.

—Para fabricar cerveza—le contestó Donlan.

—¿De modo que se trata de una banda de contrabandistas? — preguntó el joven Hank Rogers, redactor de La Tribuna y que acompañaba a la fuerza pública en misión informativa.

—Efectivamente—contestó Donlan—. Una banda nueva que nos era desconocida y me llena de sorpresa. Pero hemos descubierto nada más que el gallinero y las gallinas han volado.

* * *

Tras de un detenido reconocimiento, la policía abandonó el local llevándose detenido a Delano, o sea, el ruso Vronski, y el periodista en-

tró en el cafetín inmediato para telefonear la noticia a su diario.

El aparato estaba junto al puesto de venta de tabaco atendido por una rubia guapísima, Anne. Al acercarse, Hank notó que la muchacha se encontraba muy amartelada hablando con otro joven, notando luego, con gran sorpresa, que se trataba de un compañero de profesión con quien le unía estrecha amistad: Carl Luckner, redactor de El Herald.

Eran dos buenos amigos que se divertían juntos, bebían juntos y solamente se huían en sus trabajos periodísticos por emulación profesional.

Se saludaron amistosamente bromeando como siempre. Hank no lograría el soñado éxito de que fuese su periódico el único que diese la noticia del descubrimiento de un nuevo "gang", pues Carl también

había olido lo que se guisaba. Ambos telefonearon a La Tribuna y a El Herald, respectivamente, una información muy parecida:

"La policía, al mando de Donlan, ha descubierto una fábrica clandestina de licores en la naciente barriada del Matadero del Centro, cerca de la Iglesia vieja. Los traficantes han logrado huir siendo detenido únicamente un ruso llamado Vronski. Se trata de gangsters, pero el detenido tiene además antecedentes de extremista".

Y los jóvenes se marcharon juntos, siempre bromeando, tras de llenar de piropos a la hermosa estancuera, mirándose con recelo porque los dos, si no estaban enamorados de ella, les gustaba muchísimo.

En cuanto a Anne, había admitido sonriente los piropos, porque ambos jóvenes eran muy simpáticos.

EL ABOGADO NEWTON

Los fugitivos, en cuanto se aseguraron de que no corrían peligro de ser atrapados, se serenaron y se encaminaron al domicilio del abogado míster Newton.

Este, hombre ya de cierta edad y con el pelo completamente blanco, se encontraba saboreando una bebida alcohólica que seguramente no procedía de la fábrica de Johnny Frank o era una elaboración especial, pues debía ser cosa exquisita a juzgar por el entusiasmo con que la trasegaba el abogado.

Al presentarse ante él a aquella hora intempestiva Johnny acompañado del Gubia y de aquel otro tipo feroz, ni siquiera se inmutó míster Newton.

—Nos encontramos en un grave

compromiso — exclamó nerviosamente Frank.

El abogado sonrió con su sonrisa escéptica y burlona.

—Siempre te ahogará en poca agua—le contestó.

—La policía ha sorprendido la fábrica y ha detenido a Vronski.

—Pero vosotros habéis escapado...

—Sí, pero...

—Aquí estoy yo para arreglarlo todo... ¿Qué sería de vosotros sin mí?

—La fábrica...

—La fábrica era una porquería indigna de la importancia que ha adquirido nuestro negocio al crecer la barriada y ya era urgente

el emplazarla con el capital de reserva que tenemos destinado a ello.

—Pero la policía...

—Vronski no hablará. Lo conozco bien. Y mañana mismo haré que sea puesto en libertad.

—¿De modo que debemos tranquilizarnos?

—No debíais haberos intranquilizado nunca. ¡Me tenéis a mí!

Y resonó la risa cínica del viejo que acabó de tranquilizar a los pistoleros.

—¿Quién eres tú?—le preguntó luego a Scorpio.

—Un nuevo compañero—le contestó el Gubia.

—Un elemento de fuerza — dijo Frank.

Y el abogado, adoptando repentinamente un tono autoritario y abandonando su burlona sonrisa, exclamó:

—¡La fuerza! ¿Para qué sirve la fuerza? ¡La astucia y el saber es lo que vale! La violencia os perderá, nos perderá a todos.

Luego ordenó imperiosamente:

—¡Dame mi sombrero!

Se levantó y pidió el bastón.

—¡Oh, mi bastón! ¡Por nada del mundo cambiaría yo mi bastón!—dijo luego volviendo a bromear y a reír.

Y se marchó apoyado en él. Buena falta le hacía, porque la inseguridad de su marcha denunciaba que había bebido demasiado.

ANTIGUOS AMIGOS

Cuando volvieron al cafetín Johnny Frank, el Gubia y Scorpio, aún estaban allí los dos periodistas dándole coba a la estanquera.

Frank les saludó afectuosamente porque los conocía desde hacía tiempo y sabía lo interesante que era para hombres de su calaña el tener amistades en la Prensa.

Los dos jóvenes correspondieron al saludo y se fijaron con extrañeza en Scorpio, porque su tipo feroz llamaba inmediatamente la atención.

—Es uno de mis amigos que me es grato presentarles a ustedes—les dijo—, Louie Scorpio.

Y, dirigiéndose a éste, presentó también a los dos jóvenes diciéndole:

—Dos jóvenes amigos míos, ilustres periodistas.

Scorpio no estaba acostumbrado a la finura de las presentaciones y callaba, hasta que, tras de mirarle fijamente el Gubia, comprendió que debía decir algo.

—Muy bien, muchachos — dijo, —me gusta mucho conocer a dos periodistas amigos de mi amigo Johnny.

Frank interrumpió:

—Es una excelente persona, aunque inspire pavor a primera vista.

—Yo me tengo que ir — dijo Hank—porque me está esperando mi abuelita.

—Seguramente se encontrará en su casa mi tía Petra — manifestó

Carl—, de modo que me marcharé contigo.

Era el truco, o el timo que usaban los dos amigos bromeando, ya que ni el uno tenía abuelita ni el

otro ninguna tía que se llamase Petra.

Pero, usando del truco, se despidieron mirando de reojo la terrorífica figura de Scorpio.

DOS AÑOS DESPUES

Como lo había ofrecido Newton, al día siguiente de su detención fué puesto en libertad Vronski, y Frank y su banda continuaron su fabricación, con una instalación más nueva y perfecta, renacida su confianza y sin temor alguno.

Y fué transcurriendo el tiempo y la banda fué prosperando, al mismo tiempo que prosperaba la barriada que ya comenzaba a ser una verdadera ciudad, satélite de la gran metrópoli.

Las diferentes bandas o "gangs" dedicadas a la infracción de la ley seca y a los negocios consecuentes,

se respetaban mutuamente sus demarcaciones, más que por el prurito de jugar limpio, por el temor a sangrientas represalias.

De manera que la banda de Johnny Frank intervenía con exclusividad en todo el territorio del Madero Central y, al crecer su población y aumentar, por tanto, los clientes, prosperaban extraordinariamente los negocios.

Negocios fabulosos dado el alto precio a que se expendían las bebidas, repartiéndose los cuatro socios principales de la banda, que eran el abogado Newton, Johnny Frank,

Scorpio y Mizoski el Gubia, estu-
penda semanadas, aparte de dedicar
grandes sumas a mejorar la insta-
lación industrial.

La fábrica, secreta y escondida,
era un prodigio moderno industrial
que producía diariamente un ver-
dadero río de cerveza.

La cebada era triturada tras de
germinar y sometida a la fermenta-
ción en grandes cubas.

Los serpentines de los alambi-
ques, en los que era destilada la
cerveza para obtener el whisky, po-
nían una nota pintoresca en aquel
grandioso local.

En contraposición con la antigua
y miserable fabricación casera, la
mecanización permitía entonces una
fabricación intensísima sin casi la
intervención de obreros, pues las
máquinas lo hacían todo con mara-
villosa automatismo.

Las botellas eran manejadas en
serie a centenas por las máquinas
lavadoras, de las que pasaban con-
ducidas por cintas sin fin a las lle-

nadoras, en las que se encontraban
colocadas en círculo, cada vuelta
que daba aquella gran rueda de bo-
tellas, se llenaba cada una de ellas
y, mientras una palanca sacaba una
botella ya llena, otra colocaba en
su sitio otra botella vacía que se
llenaría mientras daba la rueda otra
vuelta. Luego las entaponaba otra
máquina y otra les fijaba las etique-
tas, siendo, finalmente, empacadas
las botellas en sus cajas que eran
distribuidas en grandes camiones.

También había sufrido una radi-
cal transformación el primitivo ca-
fetín, transformado ahora en un
gran restaurante que ocupaba me-
dia manzana y que constituía, por
sí solo, un negocio próspero.

En él, los americanos que dispo-
nían abundantemente de dólares,
podían reírse de la prohibición y
emborracharse con todo lujo y con
cerveza exquisita mientras sonaba la
música, se bailaba y se contempla-
ba la belleza de hermosísimas muje-
res a las que también les gustaba
beber.

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Una noche de aquel verano se
encontraban reunidos los cuatro so-
cios, Newton, Frank, Scorpio y el
Gubia para repartirse los beneficios
semanales. Con ellos se encontraba
el sordomudo Metz, que era el
hombre de confianza de Frank y le
servía de ayuda de cámara.

En cuanto a Scorpio estaba real-
mente desconocido, vestido con cier-
ta elegancia, pero sin poder evitar
su acentuado tipo de advenedizo, de
nuevo rico improvisado.

El dinero, tras de haber sido per-
fectamente contabilizado, había si-
do dividido en cuatro montones
idénticos, uno frente a cada uno de
los cuatro socios.

Pero, entre aquella gente, la ho-
ra del reparto era la más peligrosa
y algo así como la hora de la co-

nida de las fieras. La codicia bru-
tal y salvaje no podía menos de
exteriorizarse y aquellos hombres se
miraban hoscamente y con recelo y
sus ademanes eran instintivamente
amenazadores.

Y, aunque el montón de billetes
que cada uno de ellos tenía delan-
te era muy grande, a todos ellos
siempre les parecía poco.

Comentándolo, se habló de la ca-
pacidad productiva de la fábrica
que permitiría vender aún mucho
más si encontrasen compradores y
que podía ser facilísimamente au-
mentada. ¡Si la población creciese
más rápidamente! Su codicia era in-
extinguible, y a fin de que nadie se
atrebiese a meterse con ellos, el
abogado decidió que se diese una
lección a Colimo, y manifestó:

—Ahora id al café de Finkel y colocadle una partida de cerveza.

—Pero... — murmuró Frank, como si temiera meterse con Colimo.

—No hay pero que valga. Es necesario hacerlo,

En efecto, ¿por qué había de surtir de cerveza Colimo a Finkel en vez de hacerlo ellos? Y el caso era que la provocación partía de

Colimo, pues antes vendían ellos allí su cerveza. No debía pasar aquella noche sin que obligasen a Finkel a comprarles una partida.

Y, de acuerdo todos con la opinión de Newton, se marcharon de aquella habitación donde quedó el abogado consagrado a beber Brandy.

LA HERMOSA PEACHES

Al mejorar extraordinariamente la barriada del Matadero Central y transformarse en una especie de Costa Azul, en la que los americanos encontraban todo género de delicias, principalmente en el restaurante que figuraba como propiedad de Johnny Frank, y al transformarse en dicho restaurante el antiguo cafetín, la linda rubia Peaches había ido mejorando de posición y

en aquella época era la encargada de atender a la clientela, siguiendo Anne encargada de los teléfonos y de la venta de tabaco.

Anne enamoraba a todo el mundo con su deliciosa sonrisa y su excelente humor, siendo visitada frecuentemente por los dos periodistas, y Peaches seguía siendo la "amiga" de Johnny Frank, al que, al parecer, adoraba.

Scorpio seguía brutalmente enamorado de ella, pero ella le hacía poco caso, porque le repugnaba su brutalidad y el salvajismo de su tipo.

Disuelta la reunión de que hemos hablado, Scorpio se acercó a Peaches, y junto a ella aquel bestia se sobresaltó salvajemente, viéndose obligada Peaches a pararle los pies.

¿Por qué había de ser aquella mujer tan hermosa de Frank? Aquel hombre violento sentía celos feroces de su jefe.

—¿Por qué no has de ser cari-

ñosa conmigo?—le preguntó ansioso—. Tanto como me gustas y con tanto dinero como tengo.

—¡Aunque la mona se vista de seda!...—le respondió ella burlona.

Y Scorpio se enfureció:

—Yo te aseguro—le increpó brutal — que algún día tendrás que arrastrarte suplicante a mis pies.

—¿La dejarás de una vez en paz? —le preguntó Johnny al sorprenderlos en aquel momento.

—Era que estaba bromeando con ella — respondió Scorpio fingiendo con su característica torpeza.

EN LA RATONERA DE FINKEL

Aquella noche, como había quedado convenido, marcharon en un auto a la "ratonera" de "Finkel", Frank, Scorpio y sus secuaces, dispuestos a jugarse la vida para no dejarse arrebatar un cliente por la

banda de Colimo. Scorpio, ante el peligro y ante la carnicería, se encontraba en su ambiente.

En el café de Finkel había en aquel momento escasa animación. Frank y los suyos se sentaron alre-

dedor de una mesa en posición estratégica, frente a una pianola, dispuestos a dar la batalla.

Al verlos entrar, un camarero de confianza de Finkel, que ya los conocía, fingió no saber quiénes eran, y acercóse a la mesa que ocupaban para tomar nota de las consumiciones que deseaban tomar.

Todos pidieron cerveza, excepto Scorpio, quien, como era en él costumbre, encargó una botella de leche.

—Y dile a Finkel que unos amigos desean verle — terminó diciéndole Frank.

El camarero, presagiando algo grave, puso en antecedentes de la llegada de los "gangsters" del bando opuesto a Colimo, y, alarmado, Finkel, en voz baja, por si pudiera ser oído a través de la puerta de su despacho, comunicó por teléfono con el domicilio del propio Colimo, poniéndose al aparato Ivan, hermano de Colimo, joven estudiante que había ido a pasar las vacaciones con el hombre que era para él como su segundo padre.

—¿Cómo?... ¿Qué dice usted?... ¡Ah! ¿Que en su café se hallan

Frank y algunos de su banda y que no han ido allí para nada bueno?... Bien, bien... Ahora se lo diré a mi hermano y él arreglará eso, esté usted tranquilo.

Finkel colgó el teléfono, esperó a serenarse un poco, y, luego, aparentando naturalidad, salió de su despacho, dirigiéndose a saludar a Frank y sus secuaces.

—¿Qué os trae de bueno por aquí?—preguntó Finkel.

—Vengo a decirte—le respondió Frank—que te enviaré un camión de exquisita cerveza.

—¡Pero si tengo demasiada en casa, mi querido Frank!

—No importa.

—Precisamente acabo de recibir un camión de Colimo.

—Antes — le dijo severamente Frank — comprabas la cerveza en nuestra casa.

Finkel bulbuceó excusas. Manifestó que no sabía si podría pagarle el camión que le ofrecía, y consultando su cartera entregó cuanto tenía. Scorpio quiso apoderarse del dinero, pero Frank se lo arrebató, usando de sus prerrogativas de jefe.

EN CASA DE COLIMO

Colimo se hallaba en el saloncito desde donde su hermano Ivan telefonara con Finkel y distraía su ocio tocando el piano como cualquier pacífico aficionado a la música, como cualquier ciudadano de alma tranquila.

A su lado, cual si hasta en los momentos íntimos no pudiese o no debiese separarse de él, encontraba Eddie Fluse, su lugarteniente, fumando y escuchando la buena música que hacía su jefe.

Mientras Ivan hablaba con Finkel, Colimo no cesó de tocar. En cambio, Eddie siguió, con gran asombro, la conversación, y su rostro, de ruda expresión, de odio mal contenido, contrastaba con la de radiante alegría, hija de la inconsciencia, que ponía el joven Ivan al

suponer que, al fin, se le presentaba la ocasión de asistir a un "encuentro" entre la banda de su hermano y la de Frank.

—¿Quién era? — le preguntó Colimo cuando hubo terminado la conversación, y sin apartar sus dedos del teclado.

A lo que repuso Ivan, como un chiquillo a quien acaban de prometerle llevarlo a una función de circo:

—Finkel te avisa de la llegada a su establecimiento del mismísimo Frank con algunos de sus secuaces y te suplica que mandes a alguien allí para evitar que lo coaccionen... o algo peor.

Colimo estaba orgulloso de su poder y no quería admitir intromisiones, por lo que el aviso de Fin-

kel le enfureció visiblemente, aunque no perdió su aplomo, y ordenó, sin moverse del piano:

—Eddie, ve al café de Finkel con algunos hombres.

—Déjame intervenir en eso—le dijo Ivan.

—De ninguna manera — le respondió su hermano.

—Déjame ir, Joe—insistió el joven—. Ya no soy ningún niño.

—Pero pudieran matarte y no podrías emprender la carrera de abogado—le respondió su hermano.

—¿Y para qué quiero yo ser abogado?

—Nos serás muy útil. Ese Frank tiene a Newton que le es utilísimo

y le hace salir triunfante de todos los tropiezos. Y hasta creo que tiene el plan de meterse en política y hacerse el amo de ese poblado cada día más importante. Porque no nos basta saber fabricar e imponer por el terror la venta de nuestra mercancía, sino que hace falta también saber meterse en el bolsillo a las autoridades, para lo que es utilísimo y casi insustituible un hombre de estudios. Y, además, como abogado, no sólo podrás, cual hace Newton, intervenir en la política y obtener la complicidad de las autoridades, sino que, en caso de que demos algún mal paso, sabrás defendernos ante los tribunales.

LA MUERTE DE IVAN

Entretanto, en el café de Finkel, seguía la banda Frank esperando decidida los acontecimientos, ya que alguno de ellos hizo notar:

—Ese camarero que ha simulado no conocernos, le ha ido con el soplo a Finkel, y éste, antes de venir a vernos, habrá comunicado nuestra presencia aquí a Colimo.

Y, efectivamente, poco después se abrió la puerta y penetraba por ella Eddie Fluse seguido por seis gangsters más.

Pero también se presentó Ivan Colimo, el hermano pequeño de Joe, que había desobedecido a su hermano y, mirándoles a todos, Scorpio guiñó un ojo, como si inspeccionase sobre quién dispararía primero.

Inconsciente y sin darse cuenta

de las circunstancias, Ivan se acercó al piano mecánico e introdujo un cupro-níquel por la ranura haciéndole funcionar con un sonido estridente...

Y en esto se apagan las luces y suenan fatídicas las voces de las pistolas, reinando en el local la confusión más trágica. Los disparos brillan como relámpagos en medio de la oscuridad solamente amortiguada por una lucecilla roja encendida en la pianola. Pero llegan a ésta las balas y la lucecilla se apaga mientras sale un pequeño grito del pecho de Ivan.

Y en medio de la oscuridad, continúa la lucha que se traslada a la calle, donde los automóviles se persiguen con furor, cruzándose entre

ellos las fatídicas descargas de las pistolas ametralladoras.

Por fin, la banda de Frank llega sana y salva a su refugio, donde informa a Newton de lo sucedido, y Frank ordena a Scorpio que se vaya al muelle a vigilar la mercan-

cía, no sea que los rivales traten de tomar represalias sobre ella.

En el salón del café de Finkel, una vez trasladada la lucha a la calle, se volvió a hacer la luz.

Sólo había un cadáver al lado del piano. El del joven Ivan.

¿QUIEN HA MATADO A MI HERMANO?

Se marchó Scorpio al muelle, quedando sobre la mesa la botella de leche que acostumbraba tomar todas las noches antes de acostarse, y Frank le dijo a Newton:

—He matado al hermano de Colimo y este joven era la única persona del mundo por quien sentía cierta ternura Colimo, de manera que podemos contar con una enemistad implacable.

—No te preocupes. Ahora Colimo te respetará más y no volverá a meterse contigo — respondió el

abogado, volviendo a ingerir un trago de Brandy.

—Claro que sí. Se lo ha buscado. Colimo jamás debía haberse metido a hacernos la competencia quitándonos clientes de nuestro propio territorio.

El abogado no le hacía caso y parecía dormir. Era que estaba paladeando su Brandy.

Entró Vronski diciendo:

—Ahí está Colimo con su banda y dice que necesita hablar inmediatamente con Johnny Frank.

Todas las precauciones estratégicas fueron adoptadas y el mudo y el ruso se escondieron en la habitación inmediata armados de pistolas, mientras Frank se prevenía también.

Y se abrió la puerta y apareció Colimo seguido de varios de los suyos, con ambas manos en los bolsillos de las americanas, empuñando también, seguramente, sendas pistolas, dispuestos a todo.

—¿Quién ha matado a mi hermano? — preguntó Colimo, con trágica entonación, a Frank.

—Yo no he matado a tu hermano — le dijo Frank —. Te lo aseguro honradamente, Colimo.

—Ya sé que no has sido tú — respondió éste —. Pero necesito saber quién ha sido.

Los ojos del abogado se abrieron y miraron sucesivamente a Frank y a la botella de leche, sin que Johnny se diese cuenta de nada.

—Tus hombres — le dijo Frank a Colimo — han ido a asesinarnos y nosotros nos hemos limitado a defendernos. Puedes creer que siento sinceramente que le haya tocado caer a tu hermano.

—No es de esto de lo que yo

quiero hablar — replicó Colimo —. Lo que yo necesito saber es quién ha matado a mi hermano, porque he de matarlo yo a mi vez con mis propias manos.

Colimo y Frank se encontraban frente a frente, ambos de pie, mientras el abogado continuaba sentado. Volvió el letrado a llenar de Brandy su copa ya vacía y, tras de aspirar voluptuosamente su perfume, habló:

—No es justo vuestro proceder, Colimo — dijo —. No jugáis limpio y os entrometéis en nuestro territorio quitándonos clientes.

—Los negocios son los negocios — respondió Colimo — y de eso podemos hablar cuando sea oportuno, pero ahora, de lo que se trata es de que yo sepa quién mató a mi hermano.

—Dime — insistió Frank, disimulando su miedo —, si te hiciésemos saber quién mató a tu hermano, ¿nos entenderíamos después en lo que concierne a los negocios?

—Ciertamente.

—Ustedes realizan un negocio verdaderamente saneado suministrando licores a los innumerables clientes de la gigantesca ciudad — dijo Newton.

—Es cierto, y estamos pensando en organizar dichos negocios en un ancho mucho mejor. ¿Pero qué tiene todo ello que ver con el nombre de quien mató a mi hermano?

—Tiene usted razón — insistió Newton—. Nosotros estamos organizando también nuestros negocios en Matadero Central de una manera espléndida y aspiramos a hacernos los dueños de la población mediante nuestra intervención en la política. La mayor parte de nuestras ganancias, como les ocurrirá también a ustedes, se filtra en subvenciones para comprar la complacencia de las autoridades, que nos parece absurdo comprar pudiendo hacer que sean hechas nuestras. Este plan puede interesarles tanto a ustedes como a nosotros y podemos hacer todos excelentes negocios si marchamos de acuerdo.

—Tiene usted mucha razón, pero mientras no sepa yo quién mató a mi hermano, ningún negocio me interesa. Una vez lo sepa y me haya vengado personalmente, me será muy grato tratar de este nuevo aspecto de las cosas que es realmente de sumo interés.

—Ese hombre — dijo Frank, cobardemente, deseoso de poner tér-

mino a aquella situación y asiéndose a la esperanza de que Scorpio desapareciera para siempre, pues empezaba a hacerle sombra—, es uno de los nuestros con quien nos unen antiguos lazos fraternales. Uno de los mejores de los nuestros. Compañero leal y abnegado. Colimo, ¿qué te parece justo que hagamos?

—Era mi hermano — respondió Colimo—, el único amor que tenía en el mundo y en ese muchacho fundamentaba las más risueñas esperanzas respecto a los negocios. ¿Qué te parece justo que haga yo?

Frank fingió vacilar y, después, añadió:

—Ese hombre lo encontrarás en el muelle guardando las mercancías.

—¿Es eso cierto?

—Cierto, Colimo — afirmó Frank.

Colimo salió con los suyos del hotel de Frank y montó en el auto indicándole al chofer:

—Al muelle.

Entretanto, el abogado miraba despreciativamente a Frank, no habiéndole creído nunca capaz de lo que acababa de hacer.

—Es muy triste vender a un compañero... pero es preferible a tener líos permanentes — manifestó Frank a manera de disculpa.

Y, contemplando la botella de le-

che de Scorpio, la arrojó al cesto de los papeles diciendo:

—¡Qué le vamos a hacer! Esta vez le ha tocado el turno al “amigo” Scorpio.

LA VENGANZA DE SCORPIO

Colimo, con algunos de sus hombres de absoluta confianza, llegó al muelle y apenas en él, en el sitio indicado por Frank, vió, desde el auto y a distancia, la inconfundible silueta de Scorpio.

Este se hallaba allí completamente ajeno a la traición de que le había hecho objeto su jefe, y al oír el ruido del motor de un coche, ruido que iba en aumento en dirección al lugar donde él se encontraba de guardia, su instinto le indicó un inminente peligro y miró rápidamente hacia el auto, pero antes de que pudiera prevenirse se oyeron varios

disparos de revólver ametralladora y se sintió herido, cayendo al suelo.

Esto es lo que deseaba ver Colimo, pues el auto desapareció, con la misma rapidez con que se había acercado a Scorpio, al verlo desplomarse, alcanzado probablemente por infinidad de mortíferos balazos.

Pero Scorpio no estaba muerto, sino únicamente herido en el brazo izquierdo, porque su certero instinto, al escuchar la descarga y sentirse herido, le hizo derrumbarse y permanecer en el suelo un largo rato para que, dándolo por muerto, no volvieran a disparar sobre él.

Así es que poco después se levantó y, lleno el corazón de rencor y la mente de sospechas, se encaminó al despacho reservado del hotel de la banda.

Allí, sin sospechar lo que había ocurrido, seguían aún Johnny y Newton, condoliéndose el primero hipócritamente de la suerte del pobre Scorpio a quien él había condenando a morir denunciándolo a Colimo, mientras el abogado seguía mirándolo con disimulado desdén, despreciándolo íntimamente por su alma de Judas, y seguía bebiendo Brandy. Frank sintió sed y encargó a Vronski que le llevase un helado, sirviéndole éste un cóctel y dejando en un mueble, junto a la puerta, la coctelera en la que quedaban aún dos copas más.

Y en esto se presentó allí Scorpio, con gran sorpresa de Frank, que lo juzgaba ya difunto.

Entró sonriendo torvamente y dijo:

—Me quitaron un ala.

—¿Vienes herido? ¿Nada más que herido? No sabes cuánto me alegro de que hayas escapado.

Newton se limitaba a observar a ambos.

Scorpio se sentó mirando con re-

celo a Johnny y buscó su botella de leche.

—¿Dónde está mi leche?—preguntó.

Y Frank, todo azorado, le contestó, temblorosa la voz:

—Será preferible que bebas un cóctel de Brandy.

Pero Scorpio, siguiendo la mirada del abogado, contempló su frasco de leche en el cesto de los papeles y se confirmaron sus sospechas.

—¿Conque creáis que no volvería de seguro y habéis arrojado el frasco al cesto de papeles? ¿Estabais seguros de que me matarían?

Y, mientras el abogado vigilaba sus movimientos con ojos prevenidos y astutos, Johnny Frank, completamente desconcertado, le decía:

—Has de perder esa fea costumbre de beber leche antes de acostarte y quiero acostumbrarte a que bebas, en su lugar, una copa de cóctel de Brandy.

Y se dirigió a la coctelera para servirle un cóctel volviéndole la espalda, movimiento que aprovechó Scorpio para sacar rápidamente su pistola e incrustarle todas sus balas en la espina dorsal, dejándole instantáneamente muerto.

El viejo abogado, entretanto, sonreía ladinamente.

—Y a ti...—le dijo Scorpio amenazadoramente.

—Ese imbécil te volvió la espalda y le costó la vida. Yo te miro cara a cara y sé que no intentarás nada contra mí porque yo puedo salvarle.

Se oyó el estrépito de los camiones de la policía, que iba a detener a Frank por lo ocurrido en el café de Finkel, y Newton se apre-

suró a arreglar las cosas y le pidió a Scorpio su pistola que escondió en un lugar secreto, entregándole, en cambio, la del muerto que estaba sin disparar.

Luego se abrieron las puertas e invadieron la habitación la policía, los periodistas y el personal del hotel.

—Que venga inmediatamente el forense—ordenó el jefe de policía al encontrar el cadáver de Frank y procediendo a detener a Scorpio.

INTRIGAS Y AMORIOS

—Este tiene que haber sido —afirmaba el jefe de policía señalando a Scorpio.

—Juro que soy inocente.

—¿No examinan ustedes sus armas?—preguntaba el abogado.

—¡Mi mejor compañero! —exclamaba Scorpio hipócritamente.

—Voy a escribir un artículo

magnífico—decía uno de los dos jóvenes periodistas que nos son conocidos.

Para desconcertar a la policía, Newton hizo recaer la posible culpabilidad del crimen en otro de la banda, al que libraría fácilmente, sobre todo por no haber sido él, naturalmente; pero Donlan no se dejó sorprender y detuvo asimismo a

Scorpio, cuya herida en el brazo era comprometedora.

En esto llegó la rubia Peaches y derramó amargas lágrimas sobre el cadáver de Johany.

—¡Tú fuiste, malvado!—increpó a Scorpio.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso, si era mi mejor amigo?

—¡Tu mejor amigo! ¡Ja, ja, ja! ¡¡Criminal!! ¡Tú has sido, tú has sido!

—Pero, mujer...

—Está tranquilo, que yo te sacaré—le tranquilizó en voz baja el abogado.

Scorpio no había perdido ni un átomo de su serenidad habitual, y experimentaba una inefable emoción al verse tan bien tratado por Newton, que lo sacaría de la cárcel al día siguiente, y al considerar que, en adelante, muerto y bien muerto Frank, no mandaría en la banda nadie tanto como él... por sus muchos merecimientos... Además, la esperanza de ser para Peaches, más hermosa y apetitosa en su arrebató contra él, lo que fuera Frank, le llenaba de deseos de gritar que era el hombre de más suerte del mundo.

La policía se llevó, tras de impresionar los reporteros gráficos varias placas para sus rotativos, a los detenidos, y Peaches seguía aún acusando, como enloquecida, a Scorpio, que podía aún oírla desde la puerta del café y hasta desde el coche de la policía, y sonreía...

Mizoski evitó que Peaches se abalanzara sobre los guardias para que la dejasen alcanzar a Scorpio, y cuando la tuvo bien sujeta por ambos brazos, le murmuró al oído, como una consigna infalible:

—No te pongas así, mujer... A rey muerto, rey puesto. Scorpio volverá pronto... y será aquí el jefe.

Al oír esta afirmación, Peaches se calmó como por ensalmo y por su mente pasaron ciertas visiones que debían de lisonjearla a juzgar por el amago de sonrisa que se perfiló en sus labios, boca tan deseada por aquel gorila de Scorpio.

Después de llevarse la policía a los detenidos, fué ordenado el levantamiento del cadáver de Frank, al cual encerraron en un tosco ataúd circunstancial, y al ver la fúnebre comitiva, Anne, la primorosa rubita estanquera, con la que se hallaban los periodistas, no pudo menos de exteriorizar su honda



—Más segura es una pistola ametralladora...



... sacando una cara de terror cuando miraba a todas partes buscando por dõnde escapar.



... su aspecto de bestia acorralada dispuesta a defenderse, inspiraba terror.



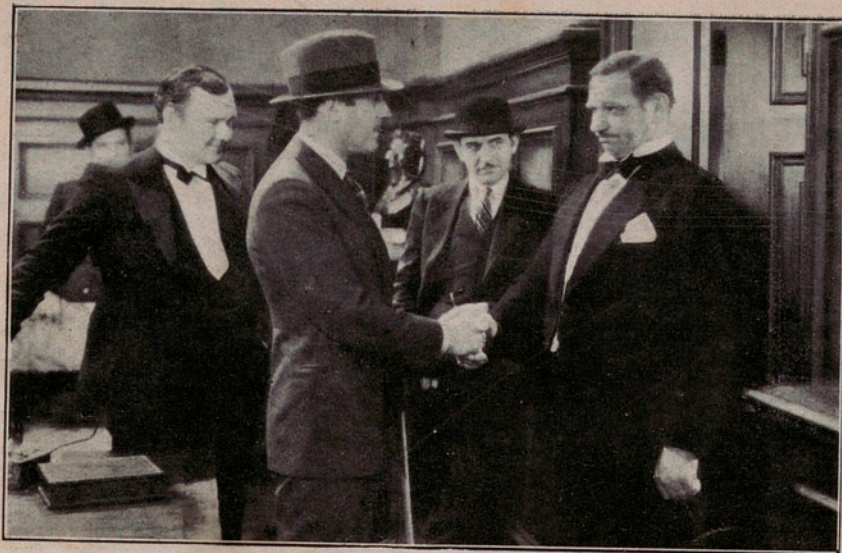
... notó que la muchacha se encontraba muy amartelada hablando con otro joven.



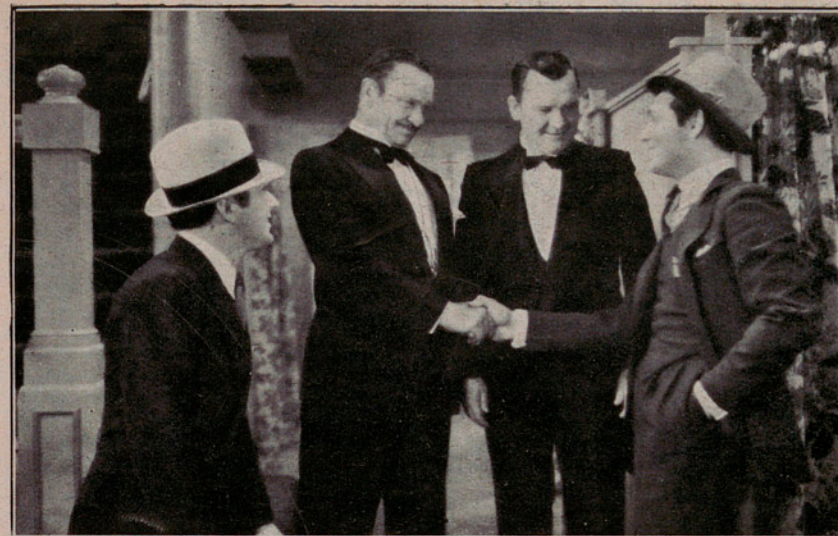
... Scorpio la invitó a bailar.



Y mirándolo Scorpio, que estaba de pie, guiñó un ojo.



—Cuando vaya a la ciudad no deje de saludarme.



Scorpio saludó amablemente a Hank.



Le entregó al mudo una pistola.



Y Scorpio se les quedó mirando.



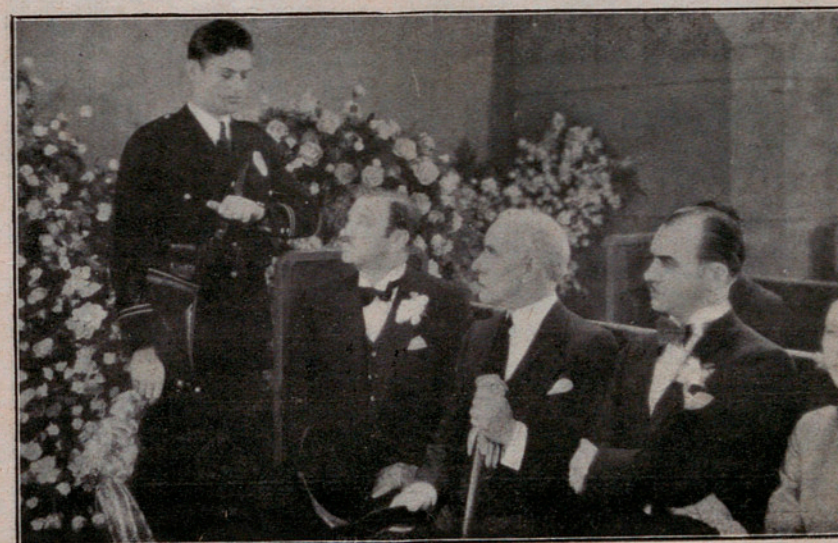
—Seré todo un caballero.
—Para eso hay que nacer—le respondió Newton.



—Tengo una pista y voy a seguirla.



Y, cuando se ponía la americana, encontró a Newton esperándole.



Un policía se le acercó.



—Escóndeme y dile a la policía que hui por los tejados



Y se presentó el juez con el sacerdote revestido para notificarle la sentencia fatal.

L O S S E I S M I S T E R I O S O S

emoción, pues ella le debía su empleo precisamente a Frank, el cual se había portado siempre bien con ella.

Y, naturalmente, ambos jóvenes se desvivieron por consolarla, principalmente Hank, que se había enamorado de ella como un colegial.

* * *

Newton, hábil como buen abogado, recurrió a mil estratagemas para librar a Scorpio, a quien la justicia se resistía a soltar, por creerle culpable de toda culpabilidad, como ya había librado al otro miembro de la banda presentado por él como presunto culpable para despistar, y entre él y el propio Scorpio lograron convencer a Anne de que debía conseguir de los

dos periodistas amigos y, sobre todo, de Hank, que no atacasen al detenido en sus reportajes, sino, al contrario, que les ayudasen a ser puesto en libertad sin dilación.

Y Anne, contaminada, inexorablemente, por el ambiente en que se deslizaba su vida, prometió ser cómplice de Newton y de Scorpio en aquella maniobra.

SUEÑOS DE GRANDEZA

No tardó en salir de la cárcel Scorpio gracias a la habilidad de Newton y fué recibido en el gran hotel de la barriada del Matadero Central.

Aquel gran hotel, así como la fábrica misteriosa, era propiedad de la banda y, por lo tanto, transformado en su jefe Scorpio, venía a ser él el amo de todo aquello.

Y más aún que ser el amo de la riqueza, representaba el ser el jefe de la banda, ya que dicho cargo ponía entre sus manos una potencia extraordinaria.

De modo que, cuando salió Scorpio de la cárcel, fué recibido en el gran salón del hotel por los miembros más caracterizados del "gang" con todos los honores.

Aunque se trata de un pistolero,

de un asesino, de un hombre sin conciencia, de un animal feroz y carnicero, como era en realidad Scorpio, resulta realmente emocionante el cuadro de su vanidad enternecida por aquella apoteosis.

Al presentarse en el salón recibió efusivos apretones de manos de sus hombres, que lo trataban con el máximo respeto correspondiente a su nuevo cargo. Las copas se alzaron en su honor, pues las bebidas alcohólicas no podían faltar entre aquellos hombres que se enriquecían con ellas, aunque Scorpio se limitó a beber su habitual vaso de leche.

—Por el gran Scorpio—brindó Newton.

Peaches, siguiendo el consejo de Mizoski, de que a "rey muerto, rey puesto", se olvidó de todo y se

abrazó apasionadamente a Scorpio, con infinito agrado por parte de éste.

Los hombres empinaron sus vasos, aplaudieron y gritaron todos a una:

—¡Que hable! ¡Que hable!

—¡Oh, no!—protestó Scorpio.

—¡Vamos!—le animó el abogado viéndolo dudar.

Y el nuevo jefe, gozando del placer alucinador de sentirse admirado, accedió a dirigir a los suyos la palabra.

—Es para mí mucho honor —balbuceó—, pero sentiría molestias.

Luego, reconfortado por el silencio respetuoso con que se le escuchaba, perdió repentinamente el miedo y venció el natural azoramiento de quien habla por primera vez en público, y les espetó:

—He formulado grandes planes en vuestro beneficio... Planes que os han de hacer subir arriba y arriba, cada vez más arriba. Planes de haceros a todos ricos, inmensamente ricos. Y no se ha de tratar de miles de dólares, sino de millones.

Sus hombres aplaudieron. Aquellas palabras eran las más indicadas

para emocionarlos, porque tenían la elocuencia correspondiente a la exaltación de la codicia que era para todos ellos el móvil determinante de su rígida línea de conducta.

Luego, recordando Scorpio los planes que hacía tiempo había sugerido Newton, les habló de las elecciones próximas.

—En noviembre—les dijo—va a haber elecciones y presentaremos en ellas candidato para el cargo de alcalde, seguros de triunfar. Así nos ahorraremos el tener que comprar a quien resulte elegido y la seguridad de que no podrá traicionarnos. La policía estará a nuestras órdenes.

Era mucho hombre aquél. Sus subordinados, hombres todos de acción, se entusiasmaban realmente escuchándolo y contemplándolo. Aquella gran bestia era realmente el jefe ideal, y hasta encontraban elocuente su torpe discurso y elegante su porte de advenedizo. El mismo, paladeando las mieles del triunfo, se creía un gran hombre. Desde entonces comenzó su debilidad por los bombones de chocolate, que le parecían el colmo de la elegancia y de la distinción.

Los dos amigos periodistas llega-

ron atraídos por la resonancia de los acontecimientos, entreteniéndose un rato largo flirteando con la deliciosa Anne. Pero Hank, que era el preferido de la joven, le dió a Carl la excusa de que le esperaba su abuelita y se separó de él, encontrándolo al poco su amigo en un rincón cambiando un apretado beso con la rubia.

PREPARANDO LAS ELECCIONES

Ya sabía Scorpio que las elecciones se ganan a fuerza de dinero y él disponía del de la banda.

Así es que apartó a un lado a Hank y, tras de darle un rato de coba, puso entre sus manos una preciosa pitillera, quedando deslumbrado el joven al abrirla al contemplar cinco flamantes billetes de mil dólares.

El bandido no brillaba precisa-

—¡Qué suerte tienes—le dijo—de tener una abuelita tan guapa!

Y, viendo que la rubia se había decidido por su amigo, renunció a ella con toda lealtad.

Al poco, se encontró ante ellos Scorpio y los saludó amablemente. Le interesaba mucho para sus planes electorales tener “buena Prensa”.

mente por su diplomacia, de manera que hizo el ofrecimiento en forma grosera y brutal, respondiéndole el joven:

—No puedo aceptarlos.

—¡Vamos, hombre! ¡Sin cumplido! A nosotros nos sobran y, en cambio, necesitamos aliados para las elecciones.

Hank lo miraba estupefacto sin explicarse tanto cinismo y tanta es-

tupidez, y Scorpio, incapaz de comprender que nadie fuese capaz de despreciar aquella suma, le puso fraternalmente la mano en el hombro y le dijo campechanamente:

—¡Tómalos, compañero!

Carl Sonrió al oír la palabra “compañero”, y mirando a Scorpio como indicándole que él estaba dispuesto a corresponder a aquel trato de “compañero”, aceptó el obsequio... pero Carl sabía lo que hacía.

Luego Scorpio se entrevistó con Hank, pero éste rehusó el estuche y el dinero, por lo que el bandido decidió emplear otra táctica con él para tenerlo a su lado en las elecciones. Ya que no podía comprarlo por dinero, compraría a la joven de quien él estaba enamorado. Anne cedería fácilmente a la tentación de los billetes y con sus caricias convencería al periodista de que no debía tratar muy mal al candidato de Scorpio.

Aquel hombre sembraba el dinero con pródiga mano y, naturalmente, cosechaba adulaciones.

La misma Peaches, cuando le hablaba, siempre con el pensamiento puesto en su cartera, le llamaba “honey”, palabra inglesa que significa literalmente “miel” y que pu-

diéramos traducir por “cariñito mío”.

Y una tarde hasta se atrevió a decirle que le encontraba hermoso.

El se contempló enfáticamente en el espejo mientras prendía en su corbata un grueso diamante y comentaba:

—Realmente, hermoso no, pero tampoco soy feo.

Continuaron con toda actividad los trabajos electorales. Todas las martingalas conocidas fueron puestas en juego. El dinero fué repartido a manos llenas. Fueron celebrados incontables actos públicos en los que Scorpio habló con su característico cinismo, ofreciendo a los electores el sol, la luna y las estrellas. Al mismo tiempo se coaccionó a los enemigos y a los timoratos con amenazas, que en aquella gente eran terribles y producían legítimo temor.

Era, en realidad, muy bruto Scorpio, pero, tras la cortina, maniobraba el sagaz y astuto Newton, que sabía hacer las cosas bien.

Por otra parte, para el público imparcial, para los ciudadanos de buena fe, aparecía Scorpio como un hombre rudo, pero millonario, que

había sabido elevarse de la nada: tipo de luchador muy simpático a las masas...

Y, en definitiva, llegado el día de las elecciones, supieron los gangsters arreglárselas tan bien, que la radio anunció el resultado con las siguientes palabras:

“Realizado el escrutinio, atraviesa nuestra población por la vergüenza de haber elegido para alcalde a un pistolero llamado Nick Mizoski, apodado “el Gubia”, perteneciente a la banda de contrabandistas de bebidas dirigida por Scorpio.”

CELEBRANDO EL TRIUNFO

¡Poco se le importaba a Scorpio, después de haber triunfado su partido en las urnas, el que se le calificase por la radio de bandido! Habían triunfado y todo era alegría en el gran hotel.

Se abrazaban unos a otros, felicitándose mutuamente y, cuando apareció el jefe en el gran salón, fué recibido con estruendosos aplausos.

Se presentó elegantemente vestido de etiqueta luciendo la impoluta

blancura de la pechera de su camisa bajo el lacito negro de una discreta corbata, y masticaba incesantemente bombones.

Conferenciaban los principales miembros de la banda, cuando anunciaron la llegada de Colimo, y Scorpio, instintivamente, requirió su pistola.

—¿Para qué quieres ese chisme? —le preguntó Newton sonriendo astutamente—. Si viene a verte es movido por el miedo. Hoy somos más

fuertes que él y viene a rendirte pleitesía.

—Decidle que pase —respondió Scorpio ya serenado y comprendiendo que, como siempre, tenía razón el abogado.

Entró Colimo acompañado de unos cuantos de los suyos y su actitud era radicalmente distinta de la de aquella otra visita en la que preguntó ansiosamente por el nombre del asesino de su hermano. Venía con los suyos en visita de paz, vestidos de etiqueta, sin las manos en los bolsillos apretando nerviosamente pistolas, la sonrisa en los labios y usando las palabras más afectuosas.

Y fué recibido en el mismo plan, con etiquetas y cumplidos.

—Vengo a felicitarle a usted, míster Scorpio, por el triunfo de su partido en estas elecciones—le dijo con la mayor cortesía y alargándole la mano, que fué estrechada afectuosamente.

—Gracias.

—Cuando vaya usted por la ciudad, no deje de saludarme —añadió.

Y Scorpio le contestó con no menos cortesía:

—Cuando venga usted por el Matadero Central no deje de verme.

—Deberíamos trabajar de común acuerdo.

—¿Por qué no?

Entretanto, seguía bebiendo Newton, continuaba masticando bombones Scorpio y el sordomudo miraba fijamente a su jefe que parecía guiñarle un ojo.

Tras de entrevista tan afectuosa, cuando se marcharon los del “gang” de la ciudad, Scorpio le entregó al mudo una pistola.

Después se acercaron los periodistas y Scorpio saludó amablemente a Hank.

Mientras sucedía todo esto, en el reservado donde se encontraban los conspicuos de la banda, en el gran salón se bebía y se escandalizaba, borrachos todos de entusiasmo y de alcohol.

Se abrió la puerta y se presentó el jefe de policía, el veterano Donlan, preguntando:

—¿Quién me ha llamado aquí?

—Le ha llamado a usted—le respondió el Gubia—el nuevo alcalde, yo, para notificarle que deja usted de ser jefe de la policía. Yo entro y usted sale: eso es todo.

Y los demás celebraron aquel gesto con alegres carcajadas.

Pero Donlan le respondió serenamente:

—Oigame usted bien: usted es ahora alcalde de la ciudad, pero no dejará nunca de ser un pistolero y un asesino. Usted mató a mi hijo, y yo le juro que me las pagará.

Luego, viendo junto a él a los dos amigos periodista, el jefe les increpó:

—Ustedes, los chicos de la Prensa, con sus ligerezas complican

siempre las cuestiones. Vergüenza debiera darles su cooperación en este resultado de las elecciones.

Y, después de tan general alegría, cuando se quedaron solos Scorio y Newton, el primero decía satisfecho:

—Hemos triunfado y se abre un brillante porvenir ante nosotros.

Newton vió en aquel momento a Peaches, y le dijo a Scorio en tono que admitía réplica:

—Despacha a esa mujer. Es un estorbo.

* * *

Las palabras del jefe de policía habían impresionado profundamente a Hank. En realidad le remordía la conciencia de haber cedido a las insinuaciones de Anne y una duda cruel se apoderó de su alma.

Recordaba el cinismo con que había querido comprarlo Scorio ofreciéndole una pitillera con cinco billetes de mil dólares y, conociendo su modo de proceder, parecía lógico que la conducta de Anne hubiese

obedecido a algo semejante. Si Scorio no había podido comprarlo a él bien podía, en cambio, haber comprado a su novia.

Y, decidido a salir de una vez de dudas, aquella mañana, tras de lograr desasirse de las amabilidades molestas de Scorio, Hank alcanzó a Anne y pretendió hablar con ella a solas.

Pero inmediatamente se les incorporó Scorio.

—Mejor—pensó el periodista—. Le interrogaré delante de él.

Y le preguntó a la joven:

—¿Es cierto que este señor te ha pagado para que me convencieses de que debía ser benévolo con él en mis artículos?

Ella se quedó un momento pensativa. Amaba realmente al joven con pasión y le dolía en extremo haberse portado con él mal. Pero reflexionó que lo mejor era confesar francamente la verdad y respondió tras de una pausa:

—Es cierto, pero estoy arrepentida de ello, porque te quiero con toda mi alma.

—No te creo—le contestó él.

Y Scorio se les quedó mirando.

El periodista, tras de dirigirle una mirada de desprecio, les volvió la espalda alejándose en busca de Carl.

A ella se le saltaron las lágrimas porque sentía que se le rompía el corazón en mil pedazos.

—No te apures, muchacha — le dijo Scorio intentando consolarla.

—Si te abandona ese joven, aquí me tienes a mí.

Cuando Hank encontró a Carl le dijo:

—Estoy descorazonado y asqueado del oficio de periodista.

Pero, en tal momento, llegó a ellos una noticia sensacional:

“Han matado a Colimo.”

Y los dos, arrastrados por el apasionamiento instintivo de su profesión, olvidado ya Hank de su desgana, corrieron a realizar información.

La noticia, esperada con impaciencia por él, llenó de satisfacción a Scorio. El mudo había sabido cumplir. Dirigiéndose a Newton, exclamó:

—Ahora sí que se abre para mí un porvenir espléndido. Los de la banda de Colimo se unirán a la nuestra y trasladaremos nuestra residencia a la ciudad, de la que me haré el amo. En adelante seré de verdad todo un caballero.

—Para eso hay que nacer — le contestó burlonamente el abogado.

EN LAS CUMBRES DEL EXITO

¡Cómo cambian los tiempos! Tras de incontables crímenes, siguiendo una rígida línea de conducta, aquel matarife rudo se había transformado en un potente multimillonario.

La visión ya no era entonces de poblado incipiente y de un cafetín mísero, ni aun la del gran hotel del Matadero Central, sino la de grandes rascacielos. La fábrica clandestina es una gran industria portentosa. ¡Cómo cambian los tiempos!

Aquella mañana, dormía aún Scorpio mientras sus empleados trabajaban en sus servicios con maravillosa eficacia.

El secretario particular, ante una máquina de sumar, redactaba el balance diario que reflejaba exactamente la marcha de los negocios y

que el jefe examinaba apenas abría los ojos.

Una vez terminada la suma y tejeada con las cifras estadísticas correspondientes a la anterior semana, el secretario particular llamó a Metz, el sordomudo, que seguía desempeñando las funciones de ayuda de cámara y hombre de absoluta confianza, y se la entregó.

Metz entró con ella en la amplia alcoba y recorrió unas ricas cortinas tirando de un cordón. La luz penetró en la habitación y permitió ver la amplia cama sobre la que dormía profundamente el opulento millonario.

Metz le sacudió, costándole bastante trabajo hacerle despertar y, en cuanto lo hizo y se retrepó un poco en la cama, le presentó la no-

ta, que Scorpio examinó cuidadosamente tratando de coordinar sus ideas, porque, generalmente, al despertarse, necesitaba hacer memoria, experimentando la grata sorpresa de que era millonario, cosa que olvidaba mientras dormía.

El examen de aquella nota le desagradó profundamente y gritó llamando al secretario particular que trabajaba muy cerca:

—¿Cómo puede ser—preguntó indignado—que haya una baja de tanta importancia respecto a la venta correspondiente a la semana pasada?

—Señor—le respondió haciendo una profunda reverencia—. Han cerrado durante esta semana cincuenta cafés y han detenido a más de treinta personas, aparte de las numerosas multas impuestas y de los alambiques destrozados.

Scorpio saltó de la cama en píjama accionando indignado:

—No puede tolerarse esto—gritó—. ¿No me gasté diez mil dólares hace poco en el baile de la policía?

Y, atemorizados el ayuda de cámara y el secretario particular ante su ira que continuaba siendo la de un matarife, sin que lograra domar-

la su refinamiento aparente, pasó a la inmediata habitación donde le esperaban, como todas las mañanas, el barbero y la manicura.

Se entregó a sus cuidados refunfuñando mientras, como todas las mañanas, se dispuso a despachar su correspondencia con su secretario particular que esperaba frente a él con el bloque taquigráfico en la mano izquierda y el lápiz en la derecha.

—Escriba usted, Philip—dijo y dictó—. Míster Stroom: No me merece usted ninguna confianza...

Philip, el secretario, era un águila en su oficio y sabía tratar a los nuevos ricos, de manera que escribió, en lugar de lo que le habían dictado, lo siguiente, que leyó en solicitud de aprobación:

“Míster Stroom: Se explicará usted nuestra natural desconfianza...”

—Muy bien — dijo Scorpio—añada... No le enviaré a usted una sola botella si no veo el dinero por delante...

El secretario escribió y leyó:

“Las costumbres comerciales de esta casa, en concordancia con su seriedad, nos impiden servir pedidos cuyo importe no haya sido previamente satisfecho...”

—Muy bien, muy bien — decía Scorpio satisfecho de que “supiesen interpretar tan bien sus palabras”.

Y cuando, tras de revolcarse largo rato en el sillón, acabó de afeitarse el barbero y de cuidar sus

uñas la señorita manicura, terminó la correspondencia mientras gustaba las delicias del baño.

Y, cuando se ponía la americana, encontró a Newton esperándole.

LOS SEIS MISTERIOSOS

¿Era posible que hombres de aquella calaña se hiciesen dueños de la gran ciudad sin encontrar ninguna resistencia? Triunfaban, evidentemente, Scorpio y los suyos, pero ¿era definitivo su triunfo? ¿No llegaría la hora de su justo castigo? Disponiendo los bandidos de tanto dinero y siendo éste una fuerza tan poderosa y tan hábilmente manejada por ellos, ¿no resultaban, acaso, invencibles?

Los bandidos tenían en su contra a todas las personas decentes, y el poder luchar con ellos con esperan-

za de triunfo dependía, únicamente, de una buena organización.

Donlan, el enemigo de los gangsters, había sido destituido de su cargo de jefe de la policía de Matadero Central, y sustituido por persona complaciente y grata a los bandidos. Todos los funcionarios cuya misión era perseguir el tráfico prohibido de licores, estaban sobornados. Así parecía que deberían quedar completamente impunes todos sus crímenes.

Y las personas decentes comprendieron que era indispensable buscar

un sustitutivo de la fuerza oficial que el “gang” había destruido, creando una adecuada organización. Así había surgido el Tribunal de los Seis.

Las fuerzas vivas de la población, los comerciantes y los industriales honrados, el fiscal, el jefe de policía destituido, los periodistas que no se habían dejado comprar, todos se habían unido en estrecho lazo creando aquella organización.

Para poder luchar con los bandidos sin correr los graves riesgos inherentes a tal lucha, la organización se había envuelto en el misterio. Habían sido designadas seis personas para dirigir la lucha y tales personas eran absolutamente desconocidas para todos, menos para el fiscal, el jefe de policía y las personas de absoluta confianza.

Para sus reuniones, había sido buscado un sitio perfectamente escondido y cuando alguien tenía que declarar o que aportar algún dato, los “seis misteriosos” lo escuchaban cubiertos sus rostros por sendos antifaces.

De la eficaz actuación de los “seis misteriosos” procedía aquella baja en la cifra de los negocios de Scorpio y el mal humor de éste.

Comprada la policía y comprado o aterrorizado el jurado, nada tenían que temer los bandidos, si no era a aquellos “seis misteriosos” a quienes no podían comprar.

Pero poco se les hubiera importado a ellos su integridad si, al menos, hubieran logrado conocerlos, saber quiénes eran, porque ellos sabían suprimir expeditivamente todo género de estorbos. Lo malo era que permanecían envueltos en el más absoluto misterio y era imposible saber quiénes eran.

Indignado Scorpio por la disminución de los ingresos, había obrado siguiendo los consejos de su instinto sanguinario, y los atentados habían llenado de terror a la gran población. Era una lucha salvaje a muerte.

Los “seis misteriosos” se habían reunido y Donlan les informaba con palabras llenas de amargura de la situación actual.

La noche anterior habían sido asesinados seis policías. Indudablemente, era el jefe de aquella banda terrorista, aquel potentado que se llamaba Scorpio, pero no había manera de comprobar su participación.

Luego cubrieron sus rostros con los antifaces los “seis misteriosos”

para recibir a un testigo que acudía a deponer.

Dicho testigo era nuestro conocido Carl Luckner, el periodista, a quien Donlan le explicó la organización de aquel tribunal y ante el que el joven depuso explicando cuantos antecedentes tenía que parecían demostrar la culpabilidad de

Scorpio, pero que no constitúan pruebas suficientes para que el fiscal decretase prisión. El plan que se había impuesto Carl era ayudar a la justicia fingiéndose amigo de Scorpio.

Cuando Carl salía de la entrevista, se encontró con su amigo Hank.

AVENTURAS Y MUERTE DE HANK

Hank también investigaba por su parte, convencido de la culpa de Scorpio y resentido del engaño del que había sido víctima.

Se encontró con Carl y le preguntó:

—¿Es cierto que los gangsters usan siempre la misma pistola?

—Cierto. Un temor supersticioso les hace emplear siempre la misma arma.

—¿Quieres esperarme aquí un momento?

—Bueno.

Y Hank entró en las oficinas de la policía y le rogó al viejo funcionario del servicio de identificación y archivo que le mostrase las dos balas de los últimos dos atentados.

El funcionario, que conocía al periodista, se apresuró a complacerle y puso ante sus ojos, a través del

microscopio, los dos proyectiles que eran indudablemente idénticos.

—No cabe duda—se dijo—, los dos atentados han sido cometidos con la misma pistola y, por lo tanto, por el mismo criminal.

Abandonó la oficina y, al volver a encontrar a su amigo Carl que le estaba esperando, le dijo:

—Creo que tengo una pista y la voy a seguir hasta el fin.

Y ambos amigos se separaron, deseándole Carl buena suerte a Hank y marchando a casa de Scorpio para tratar de intimar con él y espiarlo por cuenta de los “seis misteriosos”.

Scorpio lo recibió amablemente y se puso a jugar con él al bridge. El antiguo matarife hasta jugaba a los juegos más distinguidos y toda su preocupación era parecer elegante. Se sentía satisfecho, rodeado de comodidades y de consideraciones.

Mientras se jugaba al bridge en el salón aristocrático, sonó el timbre de la puerta de servicio. Es decir, no sonó, lo que hubiera sido inútil dada la sordera del ayuda de cámara, sino que se encendieron unas luces anunciando una llamada.

Y Metz acudió a abrir, entrando

un joven empleado que le mostró un telegrama dirigido a mister Scorpio.

Lo recogió Metz y acudió a entregárselo a su señor, dejando solo en el recibidor al repartidor, y éste, en cuanto vió que no era observado, volvió a abrir la puerta y penetró por ella Hank.

El periodista se deslizó por las habitaciones del palacio decidido a encontrar la famosa pistola asesina que habría de servir como comprobante que justificara una orden de detención contra Scorpio.

Recorrió varias habitaciones cuando un ruido le hizo quedarse inmóvil un momento y ocultarse después. Era Metz que pasaba.

Siguió sus investigaciones resigtrando varios muebles hasta que logró encontrar la pistola que buscaba y se la guardó.

Pero, cuando intentaba volver a salir, tuvo que esconderse varias veces, porque le andaban buscando.

El sordomudo, a pesar de su sordera, había notado que había allí alguien y se lo había hecho saber a Scorpio, y éste, acompañado de su hombre de confianza, el antiguo lugarteniente de Colimo, y del mismo

Metz, recorría sus habitaciones buscando al intruso.

Pero Hank se escondió varias veces logrando burlar a sus perseguidores.

—¡Este sordomudo estúpido!— exclamó Eddie.

—No lo creas—le replicó Scorpio—, este sordomudo es un zorro.

Y prosiguieron sus registros.

Hank, en su huída, se tropezó con Anne, junto a la puerta de salida.

—¡Oh, Hank! — le dijo ésta—. ¿Dudas aún de mi cariño?

Hank la miró despreciativamente. Indudablemente dudaba aún.

—¿Pero qué haces aquí? Si te encuentran te costará la vida. Sal por aquí disimuladamente al salón.

Efectivamente, Hank se presentó en el salón, en el preciso instante en que Carl se iba a marchar y que Scorpio, Eddie y Metz reaparecían por otra puerta de las habitaciones particulares.

Scorpio miró receloso a Hank, y Carl, astuto, comprendiendo algo grave, se apresuró a ir a saludar a su amigo, diciéndole:

—¡Cuánto me alegro que hayas obedecido mis indicaciones y hayas venido!

—¿Le habías invitado?—le preguntó Scorpio.

—Hace un momento, después de recibir una comunicación telefónica.

—Tú dirás—dijo Carl, siguiendo la salvadora comedia.

—¡Tu abuelita!...—e hizo un gesto trágico.

—¡La pobre! ¡Lo esperaba de un momento a otro! ¡Estaba tan enferma!

—Mi tía Petra le ha cerrado los ojos y me ha encargado que te avisara, y te he mandado recado para que vinieras. Y, mira, en vista de que no venías, iba yo a ir por ti.

—Gracias. Voy allá en seguida. Ya nos veremos.

Y Hank se marchó con el revólver robado creyendo haber logrado engañar a Scorpio, sin notar que éste había guiñado un ojo y hecho señas significativas al sordo.

Así es que tras de Hank salieron tres hombres dispuestos a matarlo.

Pero también salió Anne que todo lo había observado.

Hank llegó al "Metro" y tuvo que esperar un poco. También llegaron sus tres asesinos que se situaron en la trasera del coche sin llamar su atención. Finalmente,

también llegó Anne, corriendo, enloquecida, deseosa de avisarle y salvar su vida y alcanzando el coche de milagro, en el mismo momento en que se cerraba la puerta automática.

Se sentó a su lado, despertando su sorpresa, y le dijo:

—¿Aun dudas de mi cariño?

El sonrió escéptico.

—Pues vengo a avisarte de que te siguen tres para asesinarte.

Y en esto se apagaron las luces, sonó una descarga y Hank se desplomó asesinado.

DETENCION DE SCORPIO

Aquel asesinato conmovió extraordinariamente la opinión pública, porque ya no se trataba de venganzas privadas entre pistoleros ni de su lucha con la policía, sino de un periodista.

Ante el tribunal de los seis misteriosos declaró Carl cuanto había presenciado, deduciéndose claramente que Scorpio había hecho asesinar al joven, así como la convicción de que el sordomudo lo era

fingido, y el fiscal decretó la detención de Scorpio. Ya creía tener pruebas concretas y esperaba obtenerlas aún más decisivas interrogando a Metz.

Se celebraban solemnes funerales por la muerte del desdichado Hank, y Scorpio, acompañado por Newton y por su secretario particular, tenía el cinismo de asistir a ellos, sentado en primera fila junto a una esplén-

dida corona con una dedicatoria en sus cintas que decía:

“A mi queridísimo amigo Hank, Scorpio.”

Notando el nuevo rico que una de aquellas flores adornaría la solapa de su frac, cortó una de la corona cuando ya se terminaba la función religiosa, y vió que un policía de uniforme se acercaba a él y le tocaba en el hombro.

Hizo ademán de devolver la flor, pero pronto se convenció de que se trataba de algo más grave. El policía tenía orden de detenerlo.

Lo llevó a la delegación acompañado de Newton y, en cuanto entro, sacó el pistolero-jefe su cartera dispuesto a entregar la fianza que le pidiesen por crecida que fuese, pero le hicieron saber que había sido decretada por el fiscal su prisión sin fianza.

—Mañana te sacaré — le dijo Newton despidiéndose, mientras ordenaba el delegado:

—¡Encerradlo!

Y lo recluyeron tras de una reja, a la que se acercó un agente con instrucciones concretas.

—Hemos detenido —le dijo— a

tu sordomudo y le estamos haciendo cantar.

—A un mudo no hay quien le arranque una palabra.

—Demasiado sabes tú que no lo es.

Y, para que su preocupación fuese aún mayor, vió desde su reja, al entreabrirse una puerta frente a su celda, cómo intentaban convencer a Metz de que hablase.

—Es inútil que finjas—le decían. —Se sabe todo y únicamente salvarás el pellejo si confiesas acusando a tu amo.

El mudo tragaba saliva sin responder, fingiendo que no oía nada. Pero fueron tan elocuentes las razones que le dieron, que acabó por fingir que pretendía hablar emitiendo sonidos guturales, y terminó por cantar claro, contándolo todo.

—¡Hablaré! ¡Hablaré! ¡¡ No puedo más!!

Y Scorpio frunció el ceño como cuando se disponía a matar.

Ya tenía el fiscal elementos suficientes para hacerlo condenar, sabiendo, además, por Carl, que había hablado con ella, que Anne declararía también contra Scorpio.

LA VISTA ANTE EL JURADO

Newton no consiguió ponerlo en libertad al día siguiente, como lo había ofrecido, y Scorpio pasó una larga temporada en la cárcel hasta que llegó el día del juicio oral.

Juicio que despertó enorme expectación, como se podía juzgar por el lleno de la sala.

El fiscal hizo que declarara Metz, el mudo, quien manifestó, en síntesis, que no era sordomudo, aunque lo fingía, y que Scorpio le había entregado varias veces una pistola con el encargo de asesinar a alguien.

Después le interrogó la defensa, vinculada en la persona del abogado Newton, quien, para desvirtuar la acusación y, al mismo tiempo, para vengarse de Metz y para infundir pánico, desenmascaró a éste, haciendo saber sus antiguas relacio-

nes con Colimo y sus antecedentes penales, de los que resultaba que su verdadero nombre era Eddie Fink, alias “el Dummy” (el mudo) y alias Metz, con graves deudas pendientes con la Justicia y fugado de presidio. ¿Qué merecían las declaraciones de semejante prójimo?

A continuación declaró Anne, haciendo graves acusaciones contra Scorpio.

Pero, luego, la interrogó el abogado defensor.

—¿Cuánto paga usted de alquiler?—le preguntó.

Y patentizó con sus preguntas sobre su domicilio, sobre sus automóviles y sobre sus alhajas, la protección de Scorpio hacia ella, presentándola como su amante.

—¿Esa sortija con ese solitario, quién se la regaló?

—Scorpio.

—¿Era anillo de boda o de pedida?

—De ningún modo. Mi novio era el desdichado Hank y por vengarlo declaro toda la verdad.

—¿Pero no amaba usted a míster Scorpio?

—Lo odiaba y lo odio.

—Le sería a usted, entonces, muy violento, tener que aceptar de él tantos obsequios, ¿verdad?

Después, dirigiéndose al Jurado, hizo observar que aquella declaración permitía ver claramente cuál era el rasgo más característico de su defendido: una generosidad sin

límites que sembraba el oro por donde pasaba.

La maniobra de Newton, obrando sobre el ánimo de los jurados, no podía ser más hábil, ya que éstos podían darse cuenta, por las acusaciones, de lo temible que era incurrir en las iras de la banda, y por la declaración de Anne, de la esplendidez con que recompensaba a quienes le servían.

Después de dirigir a los jurados breves palabras el fiscal y el acusador, aquéllos se retiraron a deliberar.

Pero antes, al terminar la declaración de Anne, habló breves palabras en voz baja Scorpio con uno de los suyos recomendándole que Anne no se librase de lo que merecía.

EL VEREDICTO DEL JURADO

Cuando los ciudadanos que constituían el jurado penetraron en la sala de deliberaciones y se sentaron muy correctos alrededor de la mesa, señalaba el reloj las dos y media.

A las siete y media había ya desaparecido toda corrección y se encontraban varios jurados en mangas de camisa.

—¿Pero defiende usted a los traficantes en alcohol? — preguntaba indignado un jurado.

—¡Todos bebemos, amigo! — le contestaba el interpelado.

Este, luego, se levantó y se acercó a una ventana, haciéndole señas a su contrincante para que se acercase. Una vez juntos y aparte de todos hablaron confidencialmente, co-

mezando por ofrecerse un pitillo, un pitillo contenido en una pitillera de las que acostumbraba regalar Scorpio con cinco billetes de mil dólares. Después terminaron por ser buenos amigos. El dinero de Scorpio era allí, como en todas partes, todopoderoso.

¿Qué imparcialidad podía esperarse de unos hombres a quienes se les amenazaba por una parte de muerte y se les ofrecía por otra una fortuna?

Así es que no debe extrañar el que a las ocho y veinte saliera el Jurado y entregase al juez presidente el veredicto que, leído, declaraba al acusado inocente.

El juez se levantó y manifestó con palabras sobrias, pero enérgi-

cas, que en su vida había conocido una injusticia mayor y que aquel fallo constituía una mancha vergonzosa para aquel tribunal.

Scorpio y los suyos se levantaron de sus asientos gozosos, dispuestos a marcharse y el público abandonó el salón excitadísimo. La policía se

vió negra para evitar que el pueblo se tomase la justicia por su mano y, cuando Scorpio montó en su auto al lado de Newton, muchos puños intentaron llegar iracundos hasta su cara. El ordenó al chofer:

—Al gran hotel del Matadero Central.

UN ATAQUE A FONDO

El tribunal de los seis, al conocer la sentencia, decidió realizar un ataque a fondo y el fiscal expidió orden de prisión contra Scorpio y todos los suyos, esperando para ejecutarla el aviso de Carl, que decidió continuar su espionaje.

Así es que se encontraba en el gran salón del hotel cuando llegó Scorpio exteriorizando su alegría. El joven disimuló deslizando unas monedas por la ranura de una máquina automática que había junto al teléfono y, cuando los conspicuos se retiraron a una habitación reservada, llamó por el teléfono automático al misterioso refugio del tribunal de los seis y transmitió el siguiente convenido mensaje:

“Estamos aquí, en el hotel del Matadero Central, todos los amigos

de Scorpio que hemos venido a felicitarlo.”

Era la consigna que movilizó a la policía con órdenes de cercar el hotel y no consentir en que nadie se escapase.

Y las órdenes fueron transmitidas rápidamente por telegrafía sin hilos a los camiones de vigilancia.

Pero, antes de transmitir su aviso, aunque había procurado pasar inadvertido, Carl había sido visto por Scorpio y Newton.

—¡Qué listo parece ese muchacho!—dijo el primero.

—En efecto: demasiado listo—aseguró el abogado.

Y, poco después, alguien se le acercaba y le decía que le esperaba Scorpio.

Entró Carl en la habitación re-

servada donde se encontraban los bandidos más caracterizados, y Scorpio estrechó cariñosamente su mano, pero al mismo tiempo uno de sus secuaces le quitó el sombrero y le dió un fuerte golpe con una porra en la cabeza.

—Dinos quiénes son los seis misteriosos—le ordenó.

—Lo ignoro — respondió el joven.

Entonces le dejaron ver a la pobre Anne amordazada.

—Si nos lo dices la soltaremos y si no...

Ella movió la cabeza enérgicamente haciendo signos negativos.

Carl, que en el primer momento había perdido el sentido, se encontraba sujeto fuertemente por los brazos por dos de los bandidos, con las ideas turbias y sin saber qué hacer ni sospechar lo que podrían hacer con él, cuando sonó estridente la sirena. La policía rodeaba el hotel.

Todos los bandidos abandonaron aquella habitación saliendo al gran salón, menos los dos que sujetaban a Carl por los brazos. Scorpio y Newton se aproximaron a uno de los grandes ventanales y vieron acercarse a Donlan gritándoles:

—Tenemos orden de detención contra todos. Bajad y entregaos por las buenas, porque si no, os atacaremos.

—Ahora bajamos — respondió Newton.

Y, tras de dar instrucciones para la defensa, que consistía en disparar sin contemplaciones, hiriendo certeramente o Donlan y a varios policías, provocando con ello una pavorosa descarga cerrada por parte de los sitiadores, se alejó con Scorpio, tras de haberse apoderado del dinero existente en la caja de hierro, para huir por un camino secreto.

Pero, en cuanto penetraron en él, Scorpio pidió imperiosamente:

—Dame ese dinero, Newton.

—Ya te lo daré cuando salgamos. Ahora no podemos detenernos ni un minuto.

Atravesaron la gran fábrica clandestina y, para poner una barrera infranqueable entre ellos y sus perseguidores, Scorpio disparó contra los depósitos de alcohol, derramándose éste e incendiándose. Luego volvió a insistir:

—¡Dame ese dinero, Newton!

—¡Ahora corramos!

Y siguió corriendo el abogado,

mientras Scorpio, indignado, sacó su pistola y disparó sobre Newton, tumbándolo.

Después se acercó a él y le arrebató la cartera repleta de billetes, mientras que el abogado, agonizando, le decía:

—Me está bien empleado por haber sido torpe y haberte vuelto la espalda, y tú en el castigo llevas la penitencia, porque sin mí no tendrás quien te pueda salvar.

Al escuchar el estruendo del ataque, Carl, con un movimiento brusco, se había deshecho de los que le sujetaban y los encañonó con su pistola. Después de reducirlos a la impotencia, soltó a la joven Anne y corrió con ella a facilitar la entrada de los sitiadores.

En cuanto a Scorpio, una vez asesinado Newton y recuperado su cartera, se encontró obturado el camino que debía conducirle al muelle en donde le esperaba una motonave.

La manzana estaba rodeada de guardias y no había manera de escapar. Scorpio trepó por la escalera auxiliar de salvamento y llegó así hasta frente a una ventana tras de la que había luz, y que correspon-

día a la habitación de la desdeñada Peaches, la cual, derrotada, olvidaba sus penas con alcohol.

—Peaches, abre, soy yo.

Pero ella, presa de pánico no abría.

Entonces, Scorpio rompió los cristales y penetró en el interior, diciéndole a Peaches, aterrado:

—Me persiguen. ¡Sálvame!

—¿Cómo?—preguntó ella.

—Escóndeme y diles a los guardias que he huído por los tejados.

En la boca de Peaches brilló una tenue sonrisa maliciosa y sus ojos brillaron de alegría.

—Pasa ahí—le dijo señalándole una habitación.

Y, cuando hubo entrado, soltó una alegre carcajada cerrando la puerta con llave.

Después se dirigió a la puerta de entrada general siempre riendo. ¡Qué alegría la suya! ¡Se iba a vengar de aquel canalla!

Abrió y entró Carl acompañado de unos guardias.

—Ahí está — dijo ella radiante, señalando a la puerta del cuarto donde lo había encerrado.

Se abrió la puerta y Scorpio se

encontró rodeado de guardias que lo encañonaban con sus pistolas.

Y no tuvo más remedio que entregarse.

CONCLUSION

Scorpio fué introducido en el corredor de la cárcel en el que se veían las rejas que cerraban sus numerosas celdas y, tras ellas, estaban sus amigos, sus cómplices, sus "con-sortes".

Allí se encontraban encerrados Mizoski y Metz y sus otros pistoleros procedentes de la banda de Frank y de la banda de Colimo, y

a él mismo, a Scorpio, lo encerraron a su vez en una celda.

Sus amigos, que el día anterior lo respetaban como a un dios, le miraban entonces socarronamente. Todos eran ya iguales, iguales ante la segura condena a muerte. Tan sólo el falso mudo tenía esperanzas de escapar gracias a su delación.

* * *

Scorpio se sentía anonadado. Y, cosa rara, volvía a sentirse el mismo Scorpio del matadero, pare-

ciéndole un sueño su señorío posterior.

Así es que encontraba muy natu-

rales su prisión y la rudeza del calabozo, y la relativa elegancia de sus maneras adquirida en sus días de riqueza y de poder había desaparecido por completo.

Pero lo más duro fué cuando se presentó el director de la prisión acompañado de varios empleados y de un sacerdote revestido para notificarle, de acuerdo con el reglamento, su sentencia de muerte.

Los últimos días, con la inquietud de la vista y con el pugilato de su abogado para librarlo de la última pena, enfrente del fiscal, habían acabado por desmoralizarlo. ¡Aquel abogado tan torpe! ¡Si le hubiese podido defender Newton!

Y la silla eléctrica hizo el resto.

Había triunfado, por fin, la defensa ciudadana contra el bandidaje.

FIN

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre
El gran desfile.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar.
La princesa que supo amar.
El coche número 13.
Sin familia.
Mare Nostrum.
Nantás, el hombre que se vendió.
Cobra.
El fin de Montecarlo.
Vida bohemia.
Zazá.
¡Adiós, juventud!
El judío errante.
La mujer desnuda.
La tía Ramona.
Casanova.
Hotel Imperial.
Don Juan, el burlador de Sevilla.
Noche nupcial.
El séptimo cielo.
Beau Geste.
Los vencedores del fuego.
La mariposa de oro.
Ben-Hur.
El demonio y la carne.
La castellana del Libano.
La tierra de todos.
Tripoli.
El rey de reyes.
La ciudad castigada.
Sangre y arena.
Águilas triunfantes.
El sargento Malacara.
El capitán Sorrell.
El jardín del edén.
La princesa mártir.
Ramona.
Dos amantes.
El príncipe estudiante.
Ana Karenine.
El destino de la carne.
La mujer divina.
Alas.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El ángel de la calle.
La última cita.
El enemigo.
Amantes.
Moulin Rouge.
La bailarina de la Opera.
Ben Ali.
Los cuatro diablos.
¡Ríe, payaso, ríe!
Volga, Volga.
La sinfonia patética.
Un cierto muchacho.
¡Nostalgia!
La ruta de Singapore.
La actriz.
Mister Wu.
Renacer.
El despertar.
Las tres pasiones.
La melodía del amor.
Cristina, la Holandesa.
¡Viva Madrid, que es mi pueblo!

Sombras blancas.
La copia andaluza.
Los cosacos.
Icaros.
El conde de Montecristo.
La mujer ligera.
Virgenes modernas.
El pagano de Tanit.
Estrellas dichosas.
La senda del 98.
Esto es el cielo.
Espejismos.
Evangeline.
Orquídeas salvajes.
El caballero.
Egoísmo.
La máscara del diablo.
El pan nuestro de cada día.
Vieja hidalguía.
Posesión.
Tentación.
La pecadora.
El beso.
Ella se va a la guerra.
Los hijos de nadie.
El pescador de perlas.
Santa Isabel de Ceres.
Las dos huérfanas.
La canción de la estepa.
El precio de un beso.
La rapsodia del recuerdo.
Delikatessen.
Del mismo barro.
Estrellados.
Cuatro de infantería.
Olimpia.
Monsieur Sans-Gêne.
Sombras de gloria.
Mamba.
Ladrón de amor.
Molly (la gran parada).
El valiente.
¡De frente... marchen!
Prim.
El presidio.
Romance.
El gran charco.
Tempestad.
El dios del mar.
Anne Christie.
Sevilla de mis amores.
Horizontes nuevos.
Ben-Hur (edición popular).
La incorregible.
El malo.
El pavo real.
Bajo los techos de París.
Wu-li-chang.
Montecarlo.
Camino del infierno.
¡Mío será!
¡Aleluya!
La mujer que amamos.
Al compás de 3/4.
La princesa se enamora.
Amanecer de amor.
El gran desfile (edición popular).
Du Barry, mujer de pasión.
La viuda alegre (edición popular).

Ángeles del infierno.
Cuerpo y alma.
El impostor.
Esposa a medias.
Esclava de la moda.
Petit Café.
Hay que casar al primo.
Inspiración.
El proceso de Mary Dugan.
En cada puerto un amor.
Marruecos.
¿Conoces a tu mujer?
El millón.
La mujer X.
Gente alegre.
Mar de fondo.
La llama sagrada.
La fruta amarga.
La ley del barén.
Vidas truncadas.
La fiera del mar.
Tabú.
El pasado acusa.
Papá piernas largas.
Trader Horn.
Un yanqui en la corte del rey Arturo.
El código penal.
La pura verdad.
Maternidad, o el derecho la vida (fuera de serie).
Carbón (La tragedia de la mina).
Estudiantina.
Las peripecias de Skippy.
¡Qué viudita!
El camino de la vida.
Noches de Viena.
Mamá.
Eran trece.
Cheri-Bibi.
Bésame otra vez.
Camarotes de lujo.
Los hijos de la calle.
La divorciada.
Madame Satán.
¿Cuándo te suicidas?
Marianita.
El carnet amarillo.
Honrarás a tu madre.
Su última noche.
Las alegres chicas de Viena.
¡Viva la libertad!
Malvada.
El teniente del amor.
Deliciosa.
Cielo robado.
Amargo idilio.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que asesinó.
¡Ríndase!
La calle.
El prófugo.
Milicia de paz.
Amores de medianoche.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular).
La hermana San Sulpicio.

El demonio y la carne (edición popular).
La dama misteriosa.
Los claveles de la Virgen.
Pereja de baile.
Alma libre.
Al Capone (Pánico en Chicago).
Mi último amor.
Muchachas de uniformes.
Marido y mujer.
Maia-Hari.
Congorilla (fuera de serie).
Carceleras.
Erase una vez un vals.
Hombres en mi vida.
Niebla.
Rebeca.
Indeseable.
Tarzán de los leones.
El terror del hampa.
La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.
Chica bien.
Recién casados.
Champ (El campeón).
La zarpa del jaguar.
Los amores de José Mojica (fuera de serie).
El caballero de la noche.
Arsène Lupin.
La dama del 13.
Amor en venta.
El pecado de Madellón.
Claude.
La casa de los muertos.
Titanes del cielo.
El proceso Dreyfus.
La vida de un gran artista.
El último varón sobre la Tierra.
Fantomas.
Violetas imperiales.
Soy un fugitivo.
Teresita.
La película de las estrellas.
Grand Hotel (fuera de serie).
Hollywood al desnudo.
Sangre roja.
Emma.
Primavera en otoño.
El hijo del destino.
Ella o ninguna.
El enemigo en la sangre.
El azul del cielo.
El monstruo de la ciudad.
El hombre que se reía del amor.
Susan Lenox.
Mercado de mujeres.
Manos culpables.
La princesa se divierte.
La mano asesina.
El rey de los gitanos.
El Sargento X.

Próximo número:

La aleccionadora producción

ESTA EDAD MODERNA

por la genial JOAN CRAWFORD, secundada por PAULINE FREDERICK, NEIL HAMILTON, etc.

En preparación:

La deliciosa novela

LA NOVIA DE ESCOCIA

por la gentil MARTHA EGGERTH.

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Colección usted los nuevos
aciertos de

Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.
TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.
DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.
LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
NADA MAS QUE UN GIGOLO, por William Haines, Irene Purcell, María Alba, etc.
LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, etc.

Lujosa presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.

Precio: 50 céntimos

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.
SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.

Inmejorable presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché. Precio: 50 céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

32 páginas de texto. - 5 ilustraciones interiores. Postal-regalo. Precio 30 cts.

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas. 250 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

Exclusiva de distribución en
España

**SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS Y
PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16 - BARCELONA

Evaristo San Miguel, 11 - MADRID

E. B.



Precio: Una peseta